

RECORDANDO A CHARLES BORDES

JOSE LEON URRETA

A finales del siglo pasado un músico sensible y sonador, que llevaba en su alma el carácter poético y melancólico de la inspiración, vino al país vasco como quien llega a una tierra prometida. Dejaba París tras topar con la música vasca al oír la canción “Txorinua kaiolan” en el círculo de Saint Simon, produciendo así en él un suceso extraordinario que iba a dominarle durante toda su vida. A causa de este acontecimiento renació y se ensanchó en Charles Bordes su espíritu de investigador en el propio paisaje vasco donde encontró su ambiente ideal, inspirándole sus más bellas producciones.

Este francés de Turena asimiló el sentimiento vasco de tal manera hasta el punto de distinguirse en medio de los músicos vascos como uno de los mejores, según ese fenómeno observado a menudo que los extraños comprenden mejor que muchos autóctonos las diferencias y particularidades de una raza.

Mientras Verlaine con sus nuevos valores que ofrecía a la lírica proporcionaba a Charles Bordes la composición de varios lieder animados por su sentimiento melancólico, el dulce país vasco con su clima afectivo y sus colores emotivos permanece en Charles Bordes para inculcarle el lenguaje musical con la cual revive el maestro francés los originales ritmos de la música vasca y de sus melodías por los que tanto se interesó con un profundo amor. Es indudable que la música vasca estaba hecha para vibrar al unísono con el numen de Charles Bordes para estimular sus ideas.

A causa de sus búsquedas apasionadas Charles Bordes emprendió el recuento de la riqueza del folklore vasco internándose en los pueblos, en los campos y en las montañas al lado de los campesinos. Un rigor científico se desprende de sus colecciones de cantos y de sus escritos, servicios inapreciables dados a la música vasca, suficientes para que su nombre se recuerde siempre. Cuando se escucha la música vasca de Charles Bordes el pasado con sus ilusiones vuelve a nuestra memoria.